



En nuestra época es frecuente escuchar expresiones como *“yo creo en algo superior”*, *“siento a Dios en mi interior”* o *“soy espiritual, pero no religioso”*. Vivimos en una cultura profundamente marcada por la experiencia subjetiva, donde el sentimiento parece ser el criterio último de verdad. Sin embargo, desde una perspectiva cristiana auténtica, **ser cristiano va mucho más allá de sentir algo trascendente o aceptar intelectualmente que existe una realidad superior.**

El cristianismo no es solo emoción, ni mera idea filosófica, ni un vago espiritualismo. Es una relación real con Dios que implica **conocimiento, conversión, obediencia y transformación de vida**. En otras palabras: ser cristiano significa conocer a Dios personalmente y elegir obedecerle libremente.

Este artículo ofrece una reflexión teológica, pastoral y práctica sobre esta verdad fundamental de la fe cristiana, con una mirada profunda pero accesible para el creyente de hoy.

1. El problema del cristianismo reducido al sentimiento

El hombre contemporáneo valora intensamente la experiencia interior. Esto tiene aspectos positivos: el corazón humano busca a Dios, y el deseo de lo trascendente está inscrito en nuestra naturaleza. Sin embargo, existe un riesgo real cuando la fe se reduce únicamente a emociones o intuiciones.

Muchas personas hoy dicen:

- “Siento paz, por eso Dios está conmigo”.
- “Creo que hay algo superior”.
- “Tengo fe a mi manera”.

Pero la fe cristiana no se fundamenta en estados emocionales cambiantes. Los sentimientos fluctúan; la verdad revelada permanece.

La fe cristiana es objetiva y revelada

El cristianismo nace de una revelación histórica concreta: Dios se ha manifestado en la historia mediante el pueblo de Israel y definitivamente en la persona de **Jesucristo**. No es una idea humana sobre lo divino, sino la iniciativa de Dios que se revela y llama al hombre.



Por eso, ser cristiano implica responder a esa revelación, no simplemente construir una espiritualidad personal.

2. Creer que Dios existe no basta: la advertencia de Santiago

Uno de los textos bíblicos más contundentes sobre este tema se encuentra en la **Epístola de Santiago**:

“Tú crees que Dios es uno; haces bien. También los demonios creen... y tiemblan.” (Santiago 2:19)

Esta afirmación es teológicamente profunda y pastoralmente decisiva.

¿Qué enseña este versículo?

Santiago establece una verdad clara:

- Creer que Dios existe no salva.
- Conocer intelectualmente a Dios no es suficiente.
- Incluso los demonios reconocen la existencia y el poder de Dios.

Los demonios poseen conocimiento teológico perfecto sobre Dios: saben quién es, conocen su poder y su autoridad. Sin embargo, no lo aman ni lo obedecen. Su relación con Dios es de rechazo.

Esto significa que **la fe auténtica no es solo conocimiento ni solo sentimiento: es obediencia amorosa.**



3. Qué significa realmente “conocer a Dios”

En la mentalidad bíblica, “conocer” no significa solo comprender intelectualmente. Es un conocimiento relacional, personal y transformador.

Conocer a Dios implica:

1. Relación personal

Dios no es una energía impersonal ni una fuerza cósmica. Es un Dios vivo que llama al hombre a la comunión con Él.

2. Conversión del corazón

Quien conoce a Dios cambia su vida. La Escritura insiste en que el encuentro con Dios transforma conductas, prioridades y deseos.

3. Amor obediente

El conocimiento de Dios conduce a cumplir su voluntad.

Jesús mismo lo enseñó con claridad:

«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (Jn 14,15).

La teología cristiana lo resume así:

- Conocer → amar
- Amar → obedecer
- Obedecer → vivir en Dios

Sin este proceso, la fe permanece incompleta.

4. La fe cristiana: adhesión total a Dios

La tradición cristiana enseña que la fe auténtica tiene tres dimensiones inseparables.



1. Fe intelectual (creer en la verdad revelada)

Aceptar lo que Dios ha revelado.

2. Fe afectiva (amar a Dios)

No basta saber quién es Dios; hay que amarlo.

3. Fe práctica (obedecer a Dios)

La fe debe manifestarse en obras.

Cuando falta la obediencia, la fe queda vacía. Por eso Santiago afirma también:

| *“La fe sin obras está muerta” (St 2,26).*

5. Historia del pensamiento cristiano sobre la fe y la obediencia

Desde los primeros siglos, la Iglesia ha enseñado que la fe implica vida transformada.

Padres de la Iglesia

Los cristianos primitivos entendían la fe como un cambio radical de vida. El bautismo implicaba renunciar al pecado y vivir según Cristo.

San Agustín

Enseñaba que creer es “pensar con asentimiento”, pero ese asentimiento mueve a amar y a obedecer.

Santo Tomás de Aquino

Definió la fe como acto del entendimiento movido por la voluntad hacia Dios. No es solo



razón ni solo emoción, sino adhesión total.

La tradición cristiana ha sido siempre clara: **la fe auténtica produce obediencia.**

6. El peligro del cristianismo cultural y superficial

En muchos contextos actuales existe un fenómeno preocupante: el cristianismo nominal.

- Personas bautizadas que no viven la fe.
- Creyentes que reducen a Dios a sentimiento.
- Espiritualidad sin compromiso moral.

Esto genera un cristianismo débil, incapaz de transformar la vida personal o la sociedad.

Consecuencias de esta reducción

- Relativismo moral.
- Fe sin conversión.
- Vida cristiana sin sacrificio.
- Religiosidad centrada en el bienestar personal.

El Evangelio, sin embargo, habla de cruz, conversión y entrega.

7. Ser cristiano es elegir obedecer a Dios

Aquí se encuentra el núcleo del mensaje cristiano.

La obediencia cristiana no es opresión

En la mentalidad moderna, obedecer parece pérdida de libertad. Pero en la visión cristiana ocurre lo contrario.

- Dios conoce la verdad del hombre.
- Sus mandamientos conducen a la plenitud.
- Obedecer a Dios libera del pecado.



La obediencia cristiana es respuesta de amor, no sometimiento ciego.

Cristo como modelo

La vida de Cristo es obediencia perfecta al Padre. El cristiano está llamado a imitar esa actitud.

8. Aplicaciones prácticas para la vida diaria

¿Cómo vivir esta verdad en la vida concreta? La teología debe traducirse en vida.

1. Buscar conocer a Dios realmente

- Leer la Escritura.
- Estudiar la fe.
- Formarse doctrinalmente.
- Evitar una fe meramente emocional.

2. Examinar la propia vida

Preguntarse sinceramente:

- ¿Mi fe cambia mis decisiones?
- ¿Vivo según los mandamientos?
- ¿Busco la voluntad de Dios o la mía?

3. Practicar la obediencia concreta

La obediencia se vive en lo cotidiano:

- Honestidad en el trabajo.
- Fidelidad en el matrimonio.
- Perdón a quien hiere.
- Defensa de la verdad.
- Caridad con los necesitados.



4. Perseverar cuando no hay emociones

A veces no se siente nada en la oración. La fe auténtica permanece incluso sin consuelo sensible.

La fidelidad sin emoción es signo de madurez espiritual.

9. Relevancia para el mundo actual

Este mensaje es especialmente urgente hoy.

Vivimos en una sociedad donde:

- La verdad se relativiza.
- La moral se subjetiviza.
- La religión se privatiza.

El cristianismo ofrece una respuesta radical: **Dios es real, se ha revelado y llama a una vida transformada.**

El mundo necesita cristianos coherentes, no solo creyentes sentimentales.

10. La meta del cristiano: comunión con Dios

El objetivo final no es cumplir normas externas, sino la unión con Dios.

Conocerlo, amarlo y obedecerlo conduce a la comunión eterna con Él. Esta es la vocación última del hombre.

La fe auténtica transforma el corazón, ordena la vida y orienta toda la existencia hacia Dios.



Ser cristiano va más allá de sentir a Dios: conocerlo, amarlo y obedecerlo | 8

Conclusión: una llamada a la fe verdadera

Ser cristiano no consiste simplemente en sentir algo espiritual ni en aceptar que existe un ser superior. Tampoco basta conocer teológicamente quién es Dios. La Escritura lo afirma con fuerza: incluso los demonios creen.

El cristianismo auténtico es:

- conocer a Dios personalmente,
- amarle verdaderamente,
- y elegir obedecerle libremente.

Esta es la fe que transforma la vida, renueva el corazón y conduce a la santidad.

La pregunta decisiva para cada creyente no es solo “¿creo en Dios?”, sino:

¿vivo según su voluntad?

¿mi fe cambia mi vida?

¿he decidido obedecerle?

Ahí comienza el verdadero camino cristiano.